

LA INTRIGA

Gerardo de la Llera Domínguez

Antonio era un hombrecillo menudo de cuerpo, pero altamente sensible. De tez trigueña, nariz aguileña y cabello negro ensortijado, se empleaba en una biblioteca pública, donde tenía la responsabilidad de ordenar y clasificar libros fundamentalmente de arte e historia. Durante años había realizado este trabajo, por el que sentía verdadera pasión y que por su naturaleza lo había dotado de una vasta cultura. Era soltero, a pesar de haber llegado a los cuarenta años, aunque había tenido algunas relaciones amorosas, que habían languidecido cual cirio encendido durante una limitada noche. Varias veces se había autoanalizado, para siempre llegar a la triste conclusión de que su paradigma femenino no había llegado y lo peor es que estaba convencido de que esto era de una altura inalcanzable, pues su deseo era mayor que su autoestima. Se lamentaba de que la Naturaleza no lo hubiese dotado de una anatomía más atrayente, sin darse cuenta que las personas no sólo tienen exteriores, sino que también tienen interiores. Era un hombre metódico, que vivía solo en una habitación de un típico “solar” del centro de La Habana, que como conocen los residentes en esta ciudad, son edificios de viviendas múltiples, con un patio central donde existen lavaderos comunes y hasta servicios sanitarios comunes. Antonio siempre se sentía disgustado por las condiciones de vivienda que le había reservado la vida, aunque no lo manifestaba, pues él mismo reconocía que cuando había decidido partir hacia la Capital desde una de las provincias orientales del País, donde habitaba, había sido por deseo propio y en su lugar de origen había dejado una confortable vivienda y un sustancioso empleo de acuerdo a su calificación profesional. Sus vecinos sin embargo, con la familiaridad y hospitalidad que caracteriza al cubano siempre trataron de

que se sintiese bien y a gusto en su nueva “familia”. Pero sus sueños eran otros.

Los sábados, que era el día en que trabajaba sólo hasta el mediodía, se dirigía a un pequeño restaurante que quedaba a pocas cuadras, donde ingería un frugal almuerzo e invariablemente visitaba el Museo Nacional situado en el Palacio de Bellas Artes, en el centro de la Ciudad de La Habana. Allí se deleitaba con la magnífica colección de pinturas cubanas, espléndidamente expuestas, en un ambiente culto y sosegado, con la atención esmerada de su personal. No estaba apurado y caminaba lentamente por los salones, fijando su atención con más detenimiento sobre todo en las pinturas que más le motivaban, como las de Collazo y de ellas sobre todo “La Siesta” y “La Voluptuosidad”, esta última quizás por presentar un hermoso ejemplar femenino de cabellos rubios que es lo que más le atraía del sexo opuesto. Sentía también gran atracción por la pintura de Menocal, sobre todo a la que mostraba instantes de la gesta “mambisa”, lo que denotaba su profundo patriotismo. En la medida que avanzaba por los espléndidos corredores de la instalación, su mente iba acariciando la idea de que en breve debía trasladarse a otro edificio en que se encuentra la pintura universal, donde podría deleitarse con una pintura muy especial para él.

Al salir del edificio de Bellas Artes, caminaba tres cuadras, sobrepasando el lujoso Hotel Plaza y el Parque Central, para llegar al hermoso edificio del Centro Asturiano de La Habana, donde se puede apreciar en su interior un magnífico vitral en el techo, con la imagen de las embarcaciones españolas que llegaban al Nuevo Mundo.

Ya en el interior se dirigía a los locales de pinturas italianas, alemanas, inglesas y otras, las que observaba muy superficialmente, para llegar a su verdadero destino que se encontraba en la pintura española. A pesar de que sentía gran admiración por los cuadros de Sorolla, Velázquez y El Greco,

su imaginación volaba hacia un cuadro que tenía la pintura titulada “Fiesta en la Muñosa”, de Eugenio Lucas Velázquez y hacia ese lugar volaban sus diminutos pies. La pintura mostraba a un grupo de alegres personas que se encontraban de fiesta en un bosque de la provincia de Avila en el centro de la península española, teniendo como fondo el horizonte y un cielo azul claro.

Al llegar frente a la ansiada pintura, invariablemente el corazón “le daba un vuelco”, posiblemente por un extrasístole debido a la emoción. Seguidamente se acercaba para examinarlo en toda su extensión, fragmento a fragmento, aunque ya se lo conocía de memoria de tanto mirarlo. Observaba cada personaje y cada matiz. Se deleitaba con la combinación de colores y con la luminosidad. Se retiraba algo para poder tener entonces una visión más amplia e invariablemente quedaba impactado por la expresión de los personajes.

Después de esta minuciosa observación que podía tomar algo más de media hora, sus ojos y su corazón se concentraban en la figura eje de toda esa atracción melancólica y emotiva. A partir de ese momento, sólo tenía ojos para esa figura, que por arte del poder mental de concentración, quedaba como suspendida en el espacio lejos del resto del conglomerado de personas que allí se encontraban. Se trataba de la bella mujer que se halla en la parte inferior izquierda del cuadro. Sentada en una rústica silla de madera, mirando en forma displicente se puede observar una muchacha de piel nacarada, de cabellos color claro, mejillas sonrosadas, saya larga, con blusa bordada que muestra un escote amplio y provocativo donde se distingue una rosa roja compitiendo atrevidamente con el búcaro de pechos firmes.

Para Antonio no existía en el mundo otra mujer más que esa, a la que amaba en silencio y a la que sábado tras sábado le daba su tributo, visitándola siempre a la misma hora y contemplándola en silencio por

tiempo que parecía interminable. Se sentaba en el banco que hay frente a la pintura y desde ese momento no apartaba la vista de su inmóvil amada, esperando que quizás por un milagro, pudiese cobrar vida. Muy adentro pensaba y estaba convencido que de haber sido una persona real, jamás hubiese podido llegar a ella, ya que la consideraba desde el punto de vista estético muy superior a él. Tal era la minusvalía que por él mismo sentía. Este había sido el lastre de toda su vida y era posiblemente la razón de que aún a esa edad se mantuviese soltero y solo.

En ocasiones había pensado en tratar de conseguir una reproducción de la famosa pintura, para llevarla a su habitación y tenerla siempre a su lado, pero no lo había logrado, aunque a decir verdad no había hecho mucho esfuerzo, pues se daba cuenta de que en realidad su amor donde se fortalecía y se apoyaba, era en el ambiente sosegado y especial de la sala de exhibición. Los sábados eran esperados por él casi con vehemencia, para disfrutar esos sublimes momentos, que le daban fuerza para tener en forma permanente en la imaginación y en la memoria, aquella beldad ignota, de quien nada sabía excepto que había robado por entero su virgen corazón.

Ese sábado, después de haber realizado su habitual recorrido, llegó frente a la apreciada pintura y cuando se disponía a realizar su estereotipado proceso de reconocimiento, para sumirse en los dulces pensamientos atrapado en las redes de Afrodita, la Diosa de la Mitología Griega y recorrer los caminos del Mapa del País Amor, partiendo de la ciudad Nueva Amistad, aún con el riesgo de perderse en los mares Peligroso o de la Enemistad, o en el lago de la Indiferencia, algo le sucedió, pues sintió un fuerte vahído con sensación de inestabilidad, que lo obligó a sentar.

Se percató entonces que su físico había cambiado. Era un hombre alto, corpulento, atlético, mucho más joven, vestido con casaca azul, calzones oscuros, con una banda roja alrededor de la cintura y tocado con sombrero

andaluz de color negro. Cabalgaba sobre un brioso corcel alazán y se percató que el entorno no era el del corredor del museo donde se hallaba. Esto no lo preocupó y casi de inmediato olvidó toda su vida anterior. Sin embargo percibía que el entorno era el de la pintura que tanto apreciaba, sólo que en esta ocasión la observaba desde adentro.

Delante a él trotaba un rebaño de vacas avileñas, famosas por lo apreciado de su carne y allá en la distancia, en un claro del bosque de olmos, castaños y pinos, entre la vegetación de jaras, tomillos, madroños, retamas y romero, se hallaban un grupo de personas que celebraban una fiesta típica de las aldeas españolas.

Se conversaba animadamente, se cantaban tonadillas, coplas y se bebía vino en botas. Antonio acercó su caballo, aunque lo dejó a una distancia prudencial, para no estorbar e inmiscuirse en una celebración a la que no estaba invitado. Desde su lugar de observación pudo distinguir todos los personajes de la pintura admirada, sólo que en esta ocasión eran reales con movimiento y expresión. Con temor recorrió con su mirada todo el grupo para dejarla posada sobre un extremo, donde suponía que se hallaba la mujer que ocupaba desde hacía mucho tiempo todo su ser. Efectivamente, allí estaba, con todo su esplendor, mucho más atractiva y bella que en el cuadro. Era increíble. La veía moviéndose, gesticulando y hablando, cosa que jamás imaginó. Desde donde se encontraba, pudo escuchar su voz, que era tal y como se la había imaginado, cristalina, bella y con el suave acento español que tanta gracia le daba a la expresión. Era el centro de la fiesta. En un momento en que la música y las palmas acompañantes se tornaron más frenéticas, la bella fémina, se incorporó, mostrando un ejemplar cuerpo torneado al parecer sobre una de las antiguas esculturas griegas, algo alejado de los conceptos estilizados del modelo femenino europeo actual. Comenzó a bailar y zapatear en forma cadenciosa y con la gracia y el salero de la auténtica bailarina española, lo que atrajo la atención y admiración de

todos. Las miradas de deseo llovieron sobre la muchacha y Antonio desde su lugar de observación, sintió celos.

Al concluir el baile que magistralmente la blonda y excepcional mujer remató después de una preciosa vuelta de campana, quedó con las manos hacia el cielo aprisionando sendas castañuelas, precisamente frente al lugar desde donde Antonio la observaba. Al verlo, lo saludó agitando la mano y lo invitó a que se incorporara a la fiesta, diciéndole: “¡Eh, tú buen mozo, acércate, que no te vamos a cobrar nada!”.

Antonio se desmontó de la bestia y a pasos lentos se acercó al grupo. Temblaba de pies a cabeza, sólo al pensar que estrecharía la mano de la deidad adorada. Así fue y ella que se dio cuenta le preguntó si se sentía mal, a lo que él respondió que era por tener un poco de frío, pues había permanecido largo rato a la intemperie. Se sorprendió él mismo de haber pronunciado esas frases con acento español y no de caribeño. Acertó a encontrar una bota de vino en las alforjas de su montura y la entregó para uso de los asistentes a la festiva reunión.

La fiesta prosiguió y él participó en la misma, charlando con los personajes actualmente vivos que tantas veces había observado, estáticos en el retablo. Antonio a pesar de esta conversación no quitaba los ojos de la bella muchacha que ahora lo había enloquecido aún más.

Llegó el fin del jolgorio y todos bastante alegres, por las abundantes libaciones, se dispusieron a regresar, para lo que abordaron los carruajes tirados por caballos que era el único medio de transporte de la mitad del siglo XIX y salieron hacia sus respectivas casas en la aldea. Antonio quien había estado conversando casi todo el tiempo con la muchacha de los claros rizos, deseaba acompañarla junto a su familia hasta su casa y así lo hizo sobre todo para conocer su dirección. Dejó pastando el rebaño de ganado que conducía y montando en su caballo se apareó todo el trayecto al carruaje de la familia, hasta hacer entrada en la aldea, que era un caserío

típico español, con callejuelas estrechas pavimentadas con piedras redondas y lisas, que convergían en el centro de la vía de suerte que dejaba una canal a todo lo largo, para el drenaje del agua de lluvia que cayese. Casi todas las calles del poblado llegaban a la plaza central donde se hallaba una fuente de agua. En el centro y frente a la misma se podía ver la iglesia católica, pequeña, con un campanario que reproducía la hora, regularmente en el día, con el sonido de la campana. En una de estas calles se encontraba la casa donde vivía Susana, que era el nombre de la beldad pictórica que ocupaba la mente y razón de Antonio. La casa era de tipo algo rústico a la usanza de la época, con gruesas paredes, una puerta sólida de cedro y una amplia ventana con balaustrada de madera torneada, pintada en azul.

Al llegar, Antonio se despidió de la familia y muy especialmente de Susana, solicitándole autorización para visitarla de nuevo a lo que la dama accedió.

Regresó a la dehesa, a recoger el ganado, para lo que sin saber cómo hacer, dejó al corcel y al perro que lo había acompañado todo el tiempo, reconociéndolo como amo, que realizaran el trabajo. Fue así que los animales se encaminaron a una vivienda en un campo cercano, donde el ganado se ubicó en el sitio destinado. Se desmontó y no sabiendo que hacer se registró y en uno de los bolsillos encontró una llave que por supuesto correspondía a la cerradura de la puerta. Penetró y encontró un amplio local donde había sólo una mesa con cuatro sillas rústicas, una cocina, un hogar con leña en su interior y hacia un lado, una cama. No había divisiones, lo que lo hizo que pensar que los únicos habitantes del inmueble eran él y el perro. Como pudo quitó la silla de montar al caballo y lo soltó en el establo donde había pacas de hierba y agua. Llevó al perro hacia la casa, le suministró comida que encontró en la cocina y se acostó. Las ideas le daban vuelta en la cabeza y pensaba en su procedencia caribeña, lo que no comprendía totalmente, pero cosa curiosa, no le importaba mucho y lo

analizaba como cosa muy distante en el pasado, de la que no deseaba acordarse.

Despertó temprano en la mañana y sorprendentemente, sabía exactamente todo lo que debía hacer. Se ocupó de las cosas de la casa, de los animales domésticos y se dispuso a pastorear al ganado lo que realizó a la perfección. Esto se repitió cada día y a la tarde, después de cambiarse de ropa, acudía a la aldea, con la esperanza de que en algún momento pudiera tropezarse con Susana. A pesar de que tenía la autorización de la visita formal, no se atrevía, producto de la inseguridad que la propia Susana sin proponérselo, le había transmitido.

Pasaron así días, días de expectativa, días de ansiedad y en fin días de la más terrible añoranza, donde se espera al ser amado con el ánimo desplegado en abanico, en espera de la más leve señal de interés, para entonces elevar ese pensamiento a los más cimeros valores del sentimiento humano y finalmente coronarlos del verdadero amor, el amor del ser humano viviente, que a través de los siglos ha perdurado como valor insustituible de la más pura expresión del sentir consciente.

No pudo más y se aventuró a visitar a la figura presente en sus eternos sueños, a la figura que se había convertido en la razón de su vida, a la figura en estos momentos real para él, pero que hasta hace poco había sido la creación de un egregio artista plástico español, que había tenido el acierto de concebir esa criatura. Llegó a la casa al atardecer, llamando a la puerta por medio de dos suaves toques. Minutos después la puerta se abrió y en el umbral se dibujó la silueta siempre recordada de Susana. La presencia de la muchacha inevitablemente le causaba un profundo estremecimiento que le doblaba las piernas y tenía que hacer un gran esfuerzo para no desplomarse. La saludó extendiéndole la mano, a lo que ella correspondió ofreciendo la blanca diestra con la palma hacia abajo, invitando al beso de cortesía. Antonio lo hizo, acompañando el gesto con

una leve reverencia, inclinando el torso. Ella lo invitó a pasar y a tomar asiento en una de las sillas que se encontraban en la espaciosa sala, donde se observaba una mesa central de madera pulida y barnizada en negro, al igual que las doce sillas que se disponían alrededor. Se podía adivinar que esos muebles databan de mucho tiempo y era una de esas reliquias de familia, aun estando en perfecto estado de conservación. El piso estaba hecho de preciosas lozas toledanas, con dibujos a colores, que guardaban una exquisita y armoniosa simetría. Todo aquel bello conjunto era iluminado por una lámpara de pantallas hechas de fino cristal opaco, que pendía del alto techo. El ambiente de placidez de aquel maravilloso recinto era en extremo agradable.

Acababa de sentarse cuando apareció la madre de Susana, quien había escuchado la conversación. Venía del pasillo que comunicaba la sala con el resto de la casa. Lo saludó afablemente y ocupó un asiento frente a él. Susana también se sentó a su lado y los tres comenzaron a conversar animadamente. Se habló del tiempo, de la temperatura agradable que se disfrutaba en esa primavera, de las cosechas y en fin de muchas cosas más. Al rato trajeron unos vasos con zumo de peras y confituras preparadas en la propia casa, que la madre de Susana había dispuesto que se sirviera. En un momento determinado, la dueña de la casa, habló de las colonias de España en el Nuevo Mundo, refiriéndose específicamente a la más preciada y casi la única que restaba, Cuba, relatando que tenía un sobrino que allá se encontraba como quinto en un regimiento, manifestando su preocupación, por la contienda bélica que se desarrollaba, haciendo alusión a la guerra de independencia. Casi no se notó, pero Antonio observó que cuando se pronunció la palabra Cuba, la expresión de la cara de Susana, cambió y las mejillas se encendieron, al tiempo que los ojos se llenaron de lágrimas que con discreción las secó con un fino pañuelo blanco bordado. Antonio seguía el hilo de la conversación, mientras que con la mirada cubría

calladamente de lisonjas a la bella española emergida del pincel. Pasaron aproximadamente dos horas de animada charla y en forma intencionada, la madre de Susana preguntó la hora, con lo que Antonio sintiéndose aludido se incorporó de su silla, ofreciendo sus respetos al besar la mano de ambas damas y muy a su pesar se retiró, no sin antes haber dejado la invitación para toda la familia, incluyendo al padre y una hermana menor de andar de romería un domingo que bien hubiese podido ser el próximo, donde por supuesto los gastos incluyendo el transporte serían por parte él, cosa que no aclaró, pero se daba por descontada. Ya para esa etapa la noticia de que Antonio era un hombre solvente y de posición acomodada había llegado también a esa casa.

Antonio a los pocos días de su llegada, registró la casa y en una vasija aparentemente sin importancia encontró una gran suma de dinero, que lo hizo pensar inicialmente que era falso, pero pronto pudo comprobar que era bueno y circulante. Hasta aquí consideró que debía realizar todas las tareas de campo que llevaba a cabo y contrató empleados para que se ocupasen de todo lo relacionado con el cortijo y se hizo de una indumentaria de alto vuelo, que debía ir de acuerdo con su nueva posición.

En la semana después de la visita, envió en varias ocasiones a Susana, ramos de claveles y rosas, adjuntando breves notas respetuosas destacando la belleza de la muchacha. El presente era recibido con agrado en la casa, desde donde se agradecía, por intermedio del mensajero portador de tanta fragancia.

Llegó el día sábado y Antonio cabalgando en el corcel alazán, sobre una costosa montura y haciendo uso de finos y bellos arneses, desmontó frente a la casa, donde fue recibido con gran pleitesía. Esta vez no hizo una visita formal, pues para no instigar demasiado, refirió que sólo deseaba saber si al día siguiente irían de paseo como habían conversado. La respuesta por parte de la madre de Susana, no se hizo esperar y fue positiva, refiriendo

que irían ella con sus dos hijas solamente, pues el padre tenía ese día otros compromisos. La presencia de Antonio en esa casa ya era muy bien aceptada, sobre todo desde que las noticias de su solvencia económica habían llegado a oídos de la madre de Susana, quizás pensando en que era un magnífico partido para su casadera hija.

Al siguiente día, domingo, a las 8 de la mañana que había sido la hora acordada, llegó Antonio a la puerta de la casa en un birlocho, tirado por dos preciosos caballos clydesdale, calzados de blanco en las cuatro peludas patas, cargado de manjares y golosinas así como garrafas de zumo de frutas y vino. Golpeó suavemente la puerta de la calle y al poco rato ésta se abrió, saliendo de la casa las tres damas lujosamente vestidas. Susana llevaba un vaporoso vestido largo color rosado, con sombrilla de igual color y textura. Coronando la testa dorada, una ancha pabela de fina paja tejida daba a todo el conjunto la exquisitez que cualquier pintor hubiese querido para su tela. Antonio la miraba embelesado y casi no se percató de ayudar a ascender al carruaje a las otras dos damas. Una vez que todos se habían acomodado en los asientos, Antonio se sentó junto al cochero que guiaba y le dio la dirección a donde dirigirse. Salió el coche y detrás quedaron una treintena de pares de ojos que tras las persianas de las casas vecinas, a pesar de lo temprano del día, no se perdían ni el más mínimo detalle.

Después de andar poco más de una hora por un camino trazado por el paso de otros carruajes, se internaron en el bosque hasta que apareció un claro en el mismo entre los frondosos árboles, junto al Tajo. Era el sitio ideal para celebrar un almuerzo campestre al aire libre bajo la sombra de los castaños. Conversaron, Antonio arrojó piedras a la superficie de las aguas del río para hacerlas saltar, comieron y bebieron vino y zumos de frutas. En esta ocasión la madre de Susana se alejaba un tanto acompañada de la otra hija, al parecer con la preconcebida intención de dejar sola a la pareja, de forma

que pudiesen tener la oportunidad de conversar cosas más íntimas. Cosas de amor.

Así fue y Antonio dio rienda suelta a sus sentimientos de tanto tiempo guardados. Miraba a Susana y le celebró con gran respeto, toda la belleza que encerraba. Celebró sus ojos, su pelo y en fin todas sus virtudes. Antonio la miraba con pasión, pero Susana no lo miraba de frente y sin decir nada, sólo sonreía. Él se aventuró a tomarle una mano pero con delicadeza ella la retiró.

Así transcurrió el tiempo hasta que fue entrando la tarde, por lo que decidieron regresar, a fin de que no se hiciese de noche en el camino que era algo peligroso. Llegaron a la casa y se despidieron muy protocolarmente, aunque Antonio mirando fijo a los ojos de Susana al despedirse le dijo si deseaba que la volviese a visitar. Ella respondió, aunque no de forma inmediata, que sí.

Ya de vuelta en su casa y metido en la cama, Antonio no dejaba de pensar en el día que habían pasado y aunque había estado junto a la mujer que más amaba y deseaba, no se sentía bien, pues no percibía en ella el mismo sentimiento que a la recíproca él le brindaba a ella. Algo existía que no ajustaba. El sueño lo venció y al despertar de nuevo vinieron esos pensamientos, por lo que tomó la resolución de definir todo de una vez y decidió proponerle matrimonio a Susana, para si lo aceptaba, proceder de inmediato con la ceremonia.

Ese día se puso sus mejores ropas y se encaminó a casa de la muchacha, pasando antes por la taberna de la plaza central de la aldea, donde apuró un vaso de vino tinto de la cosecha de la casa. Un poco más entonado, tomó por las callejuelas que lo llevaban a su destino, hasta llegar. No tuvo necesidad de tocar a la puerta, pues ella estaba parada detrás de la balaustrada de la ventana. Se sorprendió al verlo, pero se quedó en su sitio. Antonio se acercó a ella desde la calle y mirándola a los ojos, después de

saludarla, le preguntó sin rodeos si se casaría con él. Ella lo miró sin sorpresa y le dijo que estaba esperando que él le hiciese ese ofrecimiento, que por tanto era culpa de ella haber dejado que las cosas llegasen a ese nivel, lo que posiblemente era influido por su madre que veía en él un “buen partido”. Bajó la cabeza y dos lágrimas rodaron por su bello rostro. Alzó la cabeza de nuevo y le dijo que no podía aceptarlo, pues su corazón pertenecía a otra persona. Antonio no lo podía creer, pues nunca había visto que alguien la cortejase, ni siquiera en la ocasión en que la vio por vez primera en la fiesta del bosque. Le preguntó que como era posible y quien era esa persona. Ella le respondió que desde hacía mucho tiempo esa persona la adoraba, que ella igualmente correspondía y que desde hacía mucho tiempo la cortejaba, aunque existían cosas que conspiraban en contra de ellos. Introdujo su mano en un pequeño bolso que llevaba en la saya, extrajo un relicario de oro con una piedra en el centro que parecía ser un rubí y al abrirlo para mostrarlo a Antonio le dijo: “El mayor obstáculo es la distancia en el tiempo”. Cuando Antonio miró, no podía creer lo que sus ojos observaban. En el relicario había una foto de un hombrecillo menudo de cuerpo, de tez trigueña, nariz aguileña y cabello negro ensortijado. ¡Era el propio Antonio, pero el de Cuba! En ese momento todo se nubló y perdió la noción de su entorno. Despertó y se encontraba en el banco del Museo de Bellas Artes de La Habana, frente a la admirada pintura española que tanto le gustaba. ¡Había sido todo un sueño! Era la primera vez que esto le ocurría en el Museo. Se acercó de nuevo al conocido cuadro para mirarlo de cerca por última vez ese día y entonces le surgió LA INTRIGA, pues observó un personaje que jamás había visto en la pintura. Era un hombre buen mozo, a pesar de que se veía lejos, cabalgando sobre un corcel alazán y vestido de casaca azul, calzones oscuros, con una banda roja alrededor de la cintura y tocado con sombrero andaluz de color negro.